



REVISTA LITERARIA
ÓRGANO DE LOS CERVANTISTAS ESPAÑOLES

FUNDADOR

D. JOSÉ MARÍA CASENAVE

DIRECTOR

D. M. TELLO AMONDAREYN

REDACTORES

D. Enrique G. Moreno. — D. Enrique Olaiz. — D. Eduardo Malvar. — D. Javier Soravilla.
D. José de Elorza é Izuel. — D. Rafael Alcaraz Seretx.

COLABORADORES

Afaba y Fernandez (D. Leopoldo).
Alvarez Espino (D. Romualdo).
Anguita (D. José María).
Asensio (D. José María).
Ayala (D. Adelardo Lopez de).
Balaguer (D. Víctor).
Bas y Cortés (D. Vicente).
Borao (D. Jerónimo).
Blasco (D. Cosme).
Burell (D. Julio).
Canga-Argüelles (D. Diego).
Cañete (D. Manuel).
Cabezas de Herrera (D. Juan).
Cabezas (D. Fernando).
Casenave (D. Federico).
Castro (D. Adolfo de).
Castro y Artacho (D. Ramon de).

Cervera Bachiller (D. Juan).
Díaz-Benzo (D. Antonio).
Doctor Thebussem.
Escalera (D. Evaristo).
Fernandez Guerra (D. Aureliano).
Fernandez Grilo (D. Antonio).
Fuentes Mallafré (D. Eduardo).
Fuentes Mallafré (D. Luis).
García Canedo (D.^a Evarista).
García Carballo (D. Federico).
Gonzalez Llana (D. Félix).
Hartzenbusch (D. Juan Eugenio).
Hernandez y Alejandro (D. Fed.^o).
Mainez (D. Ramon Leon).
Milego é Inglada (D. Antonio).
Moreno Lopez (D. Jacobo).
Moriel (D. Antonio).

Palacio (D. Manuel del).
Pardo de Figueroa (D. Mariano).
Pascual y Cuellar (D. Eduardo).
Peñaranda (D. Carlos).
Perez Echevarria (D. Francisco).
Pereira (D. Aureliano J.).
Pina (D. Santos).
Retes (D. Francisco Luis de).
Sanchez del Arco (D. Domingo).
Sellés (D. Eugenio).
Sevillano de Toral (D.^a Josefa).
Sobrado (D. Eduardo de).
Tartilan (D.^a Sofia).
Tello Amondareyn (D. Joaquin).
Tejon (D. J.).
Torrijos (D. Antonio).
Urmeneta (D. Fermin de).

SUMARIO.

Advertencias.—*Ecos de la semana*, por el Barón de Orella.—*Sobre el rescate de Cervantes*, por don Adolfo de Castro.—*Sor Juana Inés de la Cruz*, monografía, por D. Santos Pina Guasquet.—*Conferencias entre D. Quijote y Sancho*, por D. Enrique G. Moreno.—CULTO A CERVANTES: *Discurso* leído por D. Federico Hernández y Alejandro.—*En el aniversario de la muerte de Cervantes*, poesía, por Aristides Pangilioni.—ALBUM POÉTICO: *A Iccelia*, endecha, por D. Eduardo Pascual y Cuéllar.—*Amor de mujer*, por D. Javier Soravilla.

ADVERTENCIA.

Rogamos á los señores suscritores de provincias que se hallen en descubierto, se sirvan abonar este á la mayor brevedad posible, si no quieren sufrir retraso en el recibo de los números.

OTRA.

Advertimos muy especialmente á nuestros abonados que en lo sucesivo no responderemos de los pagos que se hagan á personas que exijan el cobro de suscripción á nuestra Revista sin la presentación del respectivo recibo sellado y firmado por esta Administración.

ECOS DE LA SEMANA.

Aseguro á ustedes que no sé por dónde empezar. ¿Qué novedades han acaecido en la presente semana? Aparte de algunos suicidios, robos é incendios, nada encuentro que sea digno de mencionarse.

Y la verdad es que si nos metiéramos en consideraciones sobre estos tristes acontecimientos, tan de moda por desgracia en Madrid, no nos faltaría argumento suficiente para llenar, no digo yo media docena de cuartillas, sino aunque fueran media docena de tomos.

El viaducto ha estado á punto de cumplir su cometido, pues no para otra cosa debe haber sido colocado sobre la calle de Segovia que para matadero humano. Ayer precisamente pretendió arrojar una linda joven, así como de hasta diez y ocho años, que no llevó á efecto su horrendo crimen por faltarle el valor, pues al punto de ir á arro-

jarse cayó exámine sobre el duro pavimento, siendo conducida después á la prevención por los dependientes de la autoridad.

Quisiéramos que nuestro digno Municipio, de acuerdo con nosotros, tuviera á bien mudar el nombre de «viaducto» por otro más en armonía con el uso á que se le destina, así como «Vía á la eternidad,» «Paseo de los desesperados,» etc., hasta que se colocara una nueva barandilla ménos peligrosa y más elevada que la que hoy presenta el terrible puente.

Predicar en desierto, sermon perdido.

*
**

Dos únicos banquetes han tenido lugar en la semana presente.

El día 20 celebró el Círculo profesional de maestros de obras y directores de camino el aniversario de su instalación. Pronunciáronse varios discursos dignos de aplauso por todos conceptos, y la Junta Directiva obsequió á sus congregados con un suntuoso buffet, que terminó en medio de calurosos brindis.

Anteayer, nuestro distinguido amigo don José María López, invitó al Sr. Obispo de Orihuela al banquete que en su nombre se prometía dar, al cual asistió aquella eminencia.

Entre otros hombres importantes que le acompañaron figuraban los Sres. Groizard y Sagasta.

*
**

En Constantinopla parece que no se andan en chiquitas. El veneno, el revolver y el puñal están á la orden del día. Los turcos se van colocando á la altura de los españoles, es decir, que corren como alma que lleva el diablo, al apogeo de la civilización.

Destronan á Abdul Azziz y este se abre la yugular. Después de tres días revienta su tercera mujer. Luego el nuevo sultán se traga unas cajillas de fósforos de Cascante. Posteriormente dos ministros son víctimas de los adelantos introducidos en las armas de fuego, y últimamente, se ahorca el asesino de aquellos padres de la patria, parodiando á Judas Iscariote.

Hé aquí un asunto magnífico para un drama. Estamos seguros que tendremos el gusto de verle en escena en la próxima temporada teatral.

*
**

Las bodas que teníamos anunciadas, y que pasan de una veintena, no se llevan á efecto, ni creo que se llevarán. La rebaja ofrecida por los panaderos ha sido una filfa digna del baron de la Castaña.

*
**

España ha perdido uno de sus más eminentes escritores. D. Fermin Caballero ha fallecido cubierto de gloria, dejando un hondo vacío en el corazón de sus numerosos amigos y en la literatura de nuestra patria. El día 19 se llevó á efecto el entierro, al cual asistieron comisiones de la Academia de la Historia, Ciencias morales y políticas, y Sociedad Geográfica, así como un sin número de personas, verdaderas notabilidades en las letras y política.

Presidían el duelo D. Augusto Letget y don Pedro Asuero, como parientes del finado.

Reciban nuestro pésame.

*
**

Nuestros particulares amigos y colaboradores, los poetas andaluces D. Antonio Alcalde Valladares y D. Juan Tejon y Rodriguez, acaban de obtener nuevas recompensas por sus trabajos literarios en el certámen verificado en Málaga el 19 del corriente, según hemos tenido el gusto de ver en los periódicos de aquella localidad. Al primero fué adjudicado el accesit por su oda *Á la Paz*, y el segundo alcanzó primer premio por sus romances referentes á la sangrienta batalla de la Axarquía, en que cayó cautivo el valeroso caudillo D. Juan de Silva, Conde de Cifuentes. Deseamos conocer ambos trabajos, que suponemos serán impresos á costa del Liceo que convocó para estos Juegos florales, y los ha llevado á cabo con la mayor brillantez; y entretanto, damos nuestra sincera enhorabuena á tan inspirados vates.

*
**

Si desanimada estuvo

La primera verbena
que Dios envía,

no ha tenido por qué agravarse la verificada anoche en el Prado. Cuatro rosquillas y tres buñuelos. Personas, una. Nos abstenemos de hacer más comentarios. Basta esto para demostrar lo animado que está Madrid.

No hay un cuarto.

*
**

En cambio no lo demuestran los *Jardines del Buen Retiro* ni el *Circo de Price*, que todas las noches se hallan completamente ocupados por un numeroso y elegante público. Los conciertos dirigidos por el Sr. Oudrid son dignos de todo elogio y de los aplausos que se les tributa. De la compañía que actúa en tan frondosos jardines, nada queremos decir, son demasiados los gallos que allí hacen eco para una sola compañía.

Mr. Price acertadísimo en el presente año en su elección de artistas, logra lo que no ha podido verificar nadie hasta el día, es decir sacar dinero de donde no le hay.

Cuando anunció el *debut* de la familia Castagna nos creímos que nos iba á dar una verdadera castaña en español; pero vemos con gusto que nos ha dado un verdadero chasco. La familia Castagna es una verdadera notabilidad.

Y no ocurriendo más por hoy se despide de sus lectores hasta la próxima semana, Dios mediante.

El Barón de Orella.

24 de Junio de 1876.

SOBRE EL RESCATE DE CERVANTES.

(Continuacion.)

Entendian los que entregaban el dinero á los Padres que todo lo que faltase lo habia de poner la redencion. Ya en Argel los religiosos, registrado el dinero, pagado á los moros el cinco por ciento, era un conflicto tenerlo que gastar allí, y quedar la Orden empeñada, debiendo volver á los parientes y á los amos el dinero, si por pedir mucho los moros quedaba el cautivo sin redimir.

Cuando la madre y hermana de Cervantes dieron á Fr. Antonio de la Bella y á Fr. Juan Gil los trescientos ducados, la Orden aceptó tácitamente la obligacion de redimir á aquel, satisfaciendo la suma restante hasta la cantidad que los moros pidiesen. De otro modo hubieran establecido la cláusula que para casos análogos formaban, la cual se reducía á decir que si no podía rescatarse el cautivo con el adjutorio de la familia y limosnas de la Religion Trinitaria, se le entregaría en Argel la suma mediante un recibo *para evitar quejas de los que la diesen y los gastos y empeños de la redencion habiéndolos de volver acá.*

No bastando como no bastó la cantidad dada por la familia para redimir á Cervantes, agregó la Orden cincuenta doblas de las limosnas, á más de otras cincuenta de su patronato, aplicando al completo del rescate las sumas de los *adjutorios* que traían para cautivos que ya no estaban en Argel, sumas registradas por los moros y que no podían sacarse de aquella ciudad sin grandes pérdidas. La Orden se obligó á satisfacer á los interesados en España las que empleó en redimir al gran escritor.

Nada debía Cervantes en Argel. Esto se prueba, porque al hacer los conciertos de los rescates, se advertía por ellos al que vendía al cautivo que si este tenía deudas habían de correr por cuenta de su amo, pero nunca por la de la Orden de redentores.

Los cautivos rescatados, si eran hombres, permanecían en casa de sus amos hasta que llegaba la hora de partir para España los religiosos, *para evitar el gasto de sustentarlos* por cuenta de ellos, regla que no se observaba con los muchachos y las mujeres, especialmente cuando estas eran jóvenes, á fin de evitar cualquier peligro. No consta si Cervantes pasó desde luego á vivir con los religiosos ó permaneció en el Baño del Rey.

Obligacion era de los amos de los cautivos, una vez otorgado el rescate, dar al redimido un albornoz, un bonete y unos zapatos, para su salida de Argel, uso que se guardaría con Cervantes.

Para sustento de los cautivos hacían los Trinitarios gran provision, comprando vacas

que se vendían allí muy baratas. Despedazadas, se guardaban en cubetos con sal para su conservacion. Comprábanse además higos, pasas y sardinas, para dar de almorzar á los cautivos en la navegacion. Dábaseles las carnes por ranchos. Uno de los redimidos, persona de satisfaccion, tenía á su cargo á veinte ó treinta de ellos, para la distribucion justa de las raciones.

Desembarcaban en el puerto que tenía la Orden acordado, y con sus hábitos argelinos, iban todos los cautivos en procesion solemnísimá á la Iglesia Mayor, donde se cantaba un *Te-Deum*, con oraciones de gracias.

Llevaban los redentores unos pasaportes impresos para entregarlos á los cautivos redimidos, pasaportes en que para mayor brevedad, no tenían más que poner sus nombres, á fin de que desde luego cada cual pudiese dirigirse á buscar á sus familias.

Tales son las noticias que he podido adquirir examinando las diversas historias de la Orden Trinitaria y aun la de Ntra. Señora de la Merced, pues en la manera de redimir seguían el mismo método, aconsejados por la experiencia y por las costumbres de Argel. Por estas observaciones se puede conocer lo que en Cervantes ocurrió desde la llegada de los redentores á la ciudad de su cautiverio, hasta que pisó, tras cinco años de fatigas y sobresaltos, el suelo de su patria generosa.

Adolfo de Castro.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

MONOGRAFÍA.

Dos montes, el uno cubierto de perpetuas nieves y de llamas perennes el otro, hay á doce leguas de Méjico, que hacen, siendo ellos de tan diversas calidades, amistosa y pacífica vecindad con la célebre y muy honrada alquería de Nepanthala, donde nació, corriendo ya el siglo XVII, Sor Juana Inés de la Cruz, mujer singularísima, á quien por su estro poético apellidaron sus contemporáneos décima musa. Raro portento de sabiduría é ingénio, en quien la naturaleza, por altos designios, depositó con mano generosa el en-

canto de sus hechizos y el no preciado tesoro de sus gracias. Su espíritu generoso la elevó de sobre la comun esfera, creando en ella una nueva naturaleza en la que, por no tener cabida lo vulgar, hallaba lo sublime pacífico y natural asiento. Como en la primavera las rosas se abren al manantial rocío haciendo gala de sus encendidos colores, así se abría su corazón á todo sentimiento noble, cortés y bien nacido. La llama del amor ardía en su pecho; resplandecía sobre su cabeza la aureola del génio. Padres fueron de esta maravilla del Parnaso D. Pedro Manuel de Asbaje, natural de Vergara, y D.^a Isabel Ramirez de Cantillana, hija de españoles y natural de Yacapistla, pueblo de Nueva-España. «La primera luz que rayó de su ingenio, dice su biógrafo, fué hácia los versos españoles; siendo natural admiración de cuantos la trataron en aquella edad tierna, ver la facilidad con que salían á su boca los consonantes y los números, así los producía como si no los buscara en su cuidado, sino que se los hallase de balde en su memoria.» Lleváronla sus padres á la ciudad de Méjico, en edad de ocho años, á que viviese con un abuelo suyo, en cuya compañía pasó los de su infancia, hasta que, ya más adelantada en edad y por temor del riesgo que podía correr, de desgraciada por discreta y de perseguida por hermosa, con paternal solicitud proveyó á ambos extremos el experimentado anciano introduciéndola en el palacio del Excmo. Sr. Marqués de Mancera, Virey que era, á la sazón, de Méjico. Allí, envidia de muchos, codiciada de algunos y celebrada por todos, muy estimada del Marqués y amiga fidelísima, que no servidora de la Vireina, de quien ganóse la voluntad y afecto, se deslizó la primavera de su vida, no entre el ruido de los saraos y festines de palacio, sino dada al estudio y al tranquilo ejercicio de la poesía, que era su ocupación favorita, honrándose á sí misma de esta suerte y honrando al propio tiempo el Parnaso español con los torrentes de luz que despedía el sol, nunca poniente, de su fecunda vena. Jamás su entendimiento oscurecieron aplausos ni lisonjas, ni en su tranquilo corazón se agitaron las desechas borrascas, que con harta frecuencia levanta

la necia vanidad ó el insensato orgullo. Y siendo ella discreta y prudente, y porque, sin duda, comprendió muy luego á qué suele estar reducida la felicidad, aun aquella que albergándose en los palacios ciñe corona y empuña cetro, dióse á entender al fin que más que los aristocráticos salones convenían á su persona las cuatro paredes de una celda, supuesto que esto era vivir, *respirar aires de clausura*. Sin duda quiso con tal resolución que se la confirmase en el dictado de décima Musa con que sus contemporáneos la distinguieron, porque en el silencioso retiro de un claustro (1) *imposible era que se la despojase de la gravedad, benignidad y dulzura que las Musas inspiradoras de los buenos estudios realzan, á quienes los antiguos pintaron doncellas y hermosas para condenar toda fealdad y alevosía en las obras del entendimiento*. Pasó, pues, del palacio al convento, y trocando galas por tocas, no diremos de ella, como de la generalidad, *murió para el mundo*, sino que comenzó á vivir y vive todavía en las obras que le inspiró la sublimidad de su génio. ¡Raro privilegio que solo alcanzan los génios de su temple! Luchan con el tiempo y lo vencen; mueren y son inmortales.

Mas como las dotes del entendimiento en poco suelen ser estimadas cuando no las acompañan las del corazón, añadiremos, para completar este retrato, que el de Sor Juana Inés de la Cruz fué no solamente bueno, sino excelentísimo.

La envidia, señores, esa enfermedad propia de entendimientos hueros y de corazones mezquinos, tormento de almas ruines á las que lentamente corroe y martiriza; la envidia, digo, por no respetar nada, cebóse también en aquella alma cándida, tan rica en excelentes prendas y eminentes virtudes, como era ignorante de su propia estimación y valía. Pues la historia de su largo martirio refiere con heroica resignación y paciencia, sin hacer subir la soberbia sangre á la cabeza, antes al contrario buscando ella misma excusas y pretextos, que en alguna manera disculpasen la bárbara crueldad y malicia de

(1) D. Aureliano Fernandez Guerra.

sus encarnizados opresores. «¿Quién no creerá, dice, viendo tan generales aplausos, que he navegado viento en popa sobre las palmas de las aclamaciones comunes? Pues Dios sabe que no ha sido muy así: porque entre las flores de esas mismas aclamaciones se han levantado y despertado áspides de emulaciones y persecuciones cuantos no podré contar; y los que más nocivos y sensibles para mí han sido, no son aquellos que con declarado odio y malicia me han perseguido, sino los que amándome y deseando mi bien (y por ventura mereciendo mucho con Dios por la buena intencion), me han mortificado y atormentado más que los otros con aquél. «No conviene, á la santa ignorancia que deben, este estudio; se ha de perder, se ha de desvanecer en tanta altura con su misma perspicacia y agudeza. ¿Qué me habrá costado resistir esto?» Y más adelante añade: «Pues por la (en mí dos veces infeliz) habilidad de hacer versos, aunque fuesen sagrados, ¿qué pesadumbres no me han dado, ó cuáles no me han dejado de dar?» Queja más sentida, ni ménos rencorosa jamás lanzó corazón alguno herido con herida de muerte por los dardos de la calumnia ó de la refinada malicia; pues ved ahí el de Sor Juana Inés de la Cruz. Y por si faltase alguna prueba, la enfermedad que la llevó al sepulcro, en edad todavía temprana, servirá de testimonio irrecusable. La epidemia que entró en el convento diezmará á la atribuladas religiosas; nuestra heroína, de natural muy compasivo, volando en alas de su radiante caridad, asistía á todo, sin fatigarse de la continuidad, ni recelarse de la cercanía. «Decirla entonces, escribe su biógrafo, que siquiera no se acercase á las muy dolientes, era vestirla á las de abeja para hacerla huir de las flores;» sucumbió al fin. Tal fué, señores, la mujer; conozcamos ahora á la escritora.

Si las obras en prosa de Sor Juana Inés de la Cruz clarísimamente testifican que fué sabia, colócanla sus poesías á la altura á donde jamás llegar pudieron los primeros y más esclarecidos ingénios de su época. No hay sino leer, para penetrarse de lo primero, la *Carta ó Crisis sobre un sermón*, que dirigió al R. P. Antonio de Vieyra, famoso predicador,

calificado de grande entre los mayores, ó bien aquella otra que escribió contestando á una que le habia dirigido Sor Philotea de la Cruz, pseudónimo bajo el que se ocultaba elegante y doctísima pluma. Juicio más imparcial y severo que el que hace de la primera de estas obras el Reverendísimo Padre Maestro Juan Navarro Velez, aunque quisiera, no pudiera yo formarlo, y además no sabría decirlo con el correcto y elegantísimo estilo de aquellos escritores que, aun viviendo en una época de plena decadencia, todavia pudiéramos tomarlos por modelo. «Corona de todas sus obras, dice, es la respuesta que dió á un sermón del más docto, del más agudo y del más grande predicador que ha venerado este siglo. Con este campeon que pusiera miedo aun al más alentado sale á la palestra; y en todo se porta verdaderamente bizarra; en las cortesanas discretas con que le trata; en las ventajas grandes que liberal y modesta le cede; en lo atenta que lo venera; en lo ingeniosa que le contradice, en lo sutil que le arguye; en lo docta que se le opone y en lo forzada que aspira á quitarle ó á competirle la palma. Y en todo con tan docto primor, que si el mismo autor hubiera visto este papel, no solo le colmára de merecidos elogios y fuera esta su más gloriosa recomendacion, sino que ó de cortesano ó de convencido cediera el triunfo y el laurel á la competidora ingeniosa y la confesára vencedora en lo que le impugna y en lo que le añade.»

Santos Pina Guasquet.

(Se continuará).

CONFERENCIAS ENTRE D. QUIJOTE Y SANCHE.

II.

¡Con que dices, Sancho hermano, que desde nuestra última plática no descansa tu cuerpo, de tanto como piensa tu magín; eso quítame, cuanto más que me alegra de ver cómo mis palabras y predicaciones hallan eco en tu espíritu!

—Así es, mi dueño y señor, que desde la última vez que vuestra merced dijo y tornó á decir tantas y tan buenas razones sobre la

vida (que nos alargue Dios) y la muerte que la Majestad del cielo nos guarde, no duermo, ni vivo del mismo temor acaso á las tantas vidas que por largas que fueran más quisiera reunir las en esta pecadora mia, que haberlas despues donde yo no me dé cuenta; pues ya sabe el Sr. D. Quijote que más vale pájaro en mano que ciento en el aire.

—¡Y qué mal sienta ese refran ahora ¡pícaro....! ¡Válame Dios, hermano Sancho.—¡Así la encuentres como te la buscas, si es el camino recto el que lleva tu intencion, solapado y malicioso!! ¿Crees por ventura, bellaco, que seria muy larga la vida sin la esperanza de las promesas eternas? ¿Crees acaso ¡oh Sancho! que seria la vida larga si no fuera porque la esperanza de la inmortalidad prolonga sus dias? Oh cuán mal piensas, porque has de saber, ya que tu ignorancia siempre tuerce el hilo de mis propósitos; has de saber que es tan corta la vida considerada con relacion á la filosofía y la ciencia, que estamos siempre muriendo, y que cada instante que pasa la muerte nos sustrae ó quita una parte de nuestra existencia; por cuya razon el menor intervalo de eso que llamamos tiempo nos aproxima realmente al límite de la vida material, esto es, á la sepultura!!

—Bien, señor, tal queria yo dar á entender á vuestra merced, y si tal otra cosa pienso, quede por embustero; que decir y pensar no es el obrar ni mucho ménos consentir, pues yo sé bien que la vida es corta y para los ricos más que para los pobres, porque como se dice, los duelos con pan son ménos, y...

—El que mucho habla mucho yerra... amigo Sancho;... pára, pára tu lengua atolondrada y cosamos de una vez el punto que suelto dejas hermano, tal vez sin advertirlo...

—¿Cuál mi señor D. Quijote? ¿Qué punto es ese que salté, si amen de Dios, pecador de mí, no es ahora cuando los puntos se me fueron?

—Digo, Sancho, ó quise decir (que no otro punto traté yo) el de la vida, que segun tu parecer es corta para el rico y larga y dolorida para el pobre... punto que es preciso recoger porque muy suelto le tienes en el pensamiento. Así sabrás, humilde y descarado hombrezuelo, que si consideras la condicion

de los hombres ricos y sobre todos los que dirigen los negocios públicos, por muy sábios que sean, por muy grande el poder que ellos tuvieren, por muchos recursos que posean, y por muchas dignidades que representen, siempre son mayores sus cuidados, mayores y en mayor número sus desvelos, sus agitaciones y no escasos y á menudo los desengaños que tales tienen y sufren!!

Por otra parte, amigo Sancho, no siempre las riquezas hacen la vida dichosa, y á veces el pobre vive con ménos cuidado que el que las há con abundancia. Todo es relativo igualmente en la compensacion, y observa que todo lo tiene previsto la grande voluntad del Altísimo.

—Tal creo, señor, pero yo he oido decir muchas veces que el dinero del rico no aprovecha al pobre y sí al *bien menester* del *clérigo*, por cuya razon salvan su alma que Dios se los tiene en cuenta y no ha de *restarles deuda*, como no acaso sucede al pobre, al que tanto va como monta, que lo servido por lo comido se cumplirá con ellos en la otra vida.....

—No siempre así pasa, y piensa Sancho que yo creo y comparo á los ricos con los hombres de ingenio, que la mayor parte de los primeros no gozan de mediana felicidad, así como los segundos no disfrutan de mediano porvenir y ventura, y esto reconoce por causa, que los unos no hacen caso de los medios de que disponen para la prediccion de las obras del alma y del pensamiento, y los otros porque abusan de sus riquezas en desprovecho de sí mismos y de los demás.

Pon, pues, Sancho amigo, en el mismo caso los hombres ricos y los hombres de imaginacion, y verás como asienta tu reflexion cuanto digo; unos son indiferentes á sus recursos y otros abusan de su saber separándose entrambos de las buenas acciones y de la verdad.

Así, pues (y sírvate esto de santa máxima...) nada hay más grande en este mundo porque pasamos, que el génio y que la virtud!

—¡Ah, Sr. D. Quijote! Qué bien quisiera yo comprender lo que vuestra merced me indica, pero... (y si no lo digo he de reventar) ¿cómo el que no tiene lo primero ha de conocer lo segundo? ¿cómo sin dinero háse de

comprar para «el nuestro de cada día» y cómo sin comer hemos de vivir ¡oh el bueno de mi amo y señor! Cómo ha de leer quien no conoció las cinco y aunque quiso aprender no le enseñaron!! Qué culpa tuvo en ignorar quien ignorante nació, si la letra con sangre entra y nadie nace sabiendo?

—Cierto es, Sancho, pero advierte que ningún hombre por humilde que sea, es ageno á la bondad de Dios, por lo que su gratitud y reconocimiento debe ser muy grande así en el poderoso como en el humilde, en el pobre como en el rico, en el sordo como en el que oye, en el ilustre como en el de baja cuna, en el sábio como en el ignorante, pues que en todos ¡oh Sancho! la sabiduría del *Todopoderoso* ha inspirado y grabado en sus corazones el amor natural y espontáneo á la virtud y el odio franco y espontáneo contra el pecado y el vicio!

Así, pues, observa que cuando haces una buena obra parece que tu alma se encuentra satisfecha y de que tu cuerpo goza de contentamiento, aunque tú no te apercibas de ello, sino por una natural deducción y lo contrario cuando el mal lo practicas sin descifrarlo.

Un buen discurso encanta á un necio sin embargo que no conoce las reglas de la retórica.

Una pieza musical bien ejecutada, alegra ó entristece el corazón más indiferente, aunque el que la escucha nada entienda, ni de música conozca.

Resulta de aquí, Sancho, que todos tendemos al bien sin comprenderlo y que la libre facultad del pensamiento se *acrisola fundiéndose* en las buenas obras de la vida que han de preceder á las perseveraciones del genio y del espíritu elevando de este modo las cualidades del alma.

—Tá! Tá! muy bien dice vuestra merced, pero á mi fé que no lo entiendo y que emplea su señoría un habla diferente del de otras ocasiones, tal así como diferente fué mi madre de mi padre... que el diablo cargue con lo de *acristalar*, *contundir* y no sé qué más de la vida con el alma, es decir, *alma*, con lo del espíritu, amen de otras cosas que Dios bendiga y que así las comprendo como que me ahorquen.

Ten paciencia, Sancho, que no en balde páras mientes en tales expresiones, que así como en el mundo se distinguen las unas cosas de las otras por la color, la finura y las proporciones, así en el lenguaje hay que usar de las palabras que sean adecuadas á la importancia del discurso: ¿que no entiendes, dices, lo de acrisolar y refundir las buenas obras de la vida para mejoramiento del *espíritu* y del *alma*? No te sofoques que punto por punto yo te aclararé ese misterio...

Escucha con atención y ruega á Dios que te ilumine para bien entender lo que voy á manifestarte, que es muy de importancia para tu conocimiento.

—Ya rezo, señor, y juro que no he de parar hasta que vuestra merced me lo mande!

—Bien, hermano Sancho, la oración dispone el ánimo al buen concepto; pero no lo hagas tal ni tan alto que me interrumpas, sino para tí quedo.

Enrique G. Moreno.

(Se continuará)

CULTO A CERVANTES.

Discurso leído por D. Federico Hernandez y Alejandro en la sesión celebrada en Valladolid el 23 de Abril último, en honor de Cervantes (1).

Yo quiero indagar la causa porque así me sucede, y ¡ay! no la encuentro; creo que existe encarnada en mi alma, opino que forma parte de los elementos componentes de mi sangre, me imagino que tiene un sagrado recinto en mi corazón, pero no doy con el móvil que así me impulsa á sentir... es misterioso, es incomprensible.»

¿Os parece quizá exagerado este juicio? ¿creeis que me ofusca la venda de la pasión hacia determinada escuela? ¿presumís que semejante opinión está concebida por la irreflexión ó la inconsciencia? Si tal es, leed el juicio que acerca de una de las manifestaciones de la literatura popular hace el laureado Quintana. Me refiero á nuestros romances moriscos.

«Hay en ellos (los romances) más expresiones bellas, enérgicas; más rasgos delicados é

(1) Véase el núm. 38.

ingeniosos que en todos los demás de nuestra poesía. Los romances moriscos están escritos con un vigor y una lozanía de estilo que encanta. Aquellas costumbres en que se unían tan bellamente el esfuerzo y el amor, aquellos moros tan bizarros,» etc., etc.; después continúa: «no queda duda, los romanos eran propiamente nuestra poesía lírico-popular y que los árabes contribuyeron en mucho á darlos belleza, sonoridad y armonía.»

Un monumento más antiguo de nuestra literatura popular nos queda, si no intacto, en fragmentos, los cuales pueden perfectamente suministrarnos materiales con los que defender vigorosamente nuestra tesis. Ese monumento venerado por su ancianidad es el poema del Cid.

Gil de Zárate asemeja su personaje principalísimo al héroe Troyano.

Y ciertamente que es más grande todavía un sér que lucha por sus creencias religiosas, cualesquiera que ellas sean; es inmensamente más sublime que un guerrero que vocea encarnizadamente por reconquistar unos muros derruidos; y es más grande todavía, porque en las creencias religiosas están encarnadas las instituciones, implantada la civilización, amasada la vida de un pueblo.

Nuestra poesía lanza su primer vagido, pero vagido enérgico, radioso, vibrante; vagido que se confunde con el eco de las batallas y se amalgama con el ruido sonoro que produce el choque de las hachas de armas de los combatientes; nuestro primer poema que le crea, le inventa, le idea el pueblo, es un grito de guerra, es un lamento del hombre oprimido, es un fuerte reto que arroja el cristiano al rostro de los ardientes hijos del Hored y del Sahara; es la idealidad del valor, la sublimidad del heroísmo, la manifestación de lo que es capaz el ser humano, luchando por su patria, por su hogar, por su Dios.

Este poema no es perfecto; no se atiene á los preceptos estéticos, á la monotonía de las reglas; no está oprimido por el valladar de las nociones preceptivas, no está encadenada la imaginación que le elabora, la mente que le concibe, y sin embargo parece que por cada uno de sus versos corre la sávia fecundante y rica de toda una generación; que

él absorbe la sangre toda de un pueblo de héroes; que irradia luz, calórico, fuego; y sus frases, sus metáforas, sus hipérboles, sus imágenes, son libres, deslumbrantes, armónicas, sublimes.

Es cierto que su lenguaje es rudo, es tosco, pero quizá en esa rudeza no se encuentra la primitiva sencillez de un pueblo virgen.

La sociedad española de los siglos medios fué esencialmente guerrera; necesitó un canto, necesitó un himno que la alentara al combate, un poema en el que se destacaran sus glorias, un romance que fuese el encargado de transmitir á la posteridad sus nobles acciones, su homérico valor, su inmaculada fé, sus sufrimientos, sus victorias, y creó el poema del Cid: monumento decrepito, tembloroso; encina añosa desgajada por la fuerza del tiempo; sólido edificio cuarteado ya por el terrible poder del aquilon, pero que aún se mantiene erguido, enhiesto, orgulloso de ser el símbolo de las concepciones literarias de un pueblo valeroso, magnánimo é inmortal.

Mientras que esa sociedad viril y fogosa batalla por reconquistar su fé y su patria, un sentimiento contradictorio se iba inoculando en las arterias de una gran parte de nuestro pueblo.

La caballería, institución cuyo origen dicen algunos se encuentra en la raza árabe, y que con arreglo á la opinión de la mayor parte de los escritores, sus primeros gérmenes hay que buscarles en las naciones allende el Danubio y Ultra-Rhin, iba adquiriendo inmensa influencia sobre las costumbres, las creencias, la cultura de nuestra patria.

La caballería, que según Cantú, Montesquieu y otros es el incidente más notable europeo entre el establecimiento del cristianismo y la evolución gloriosa de las ideas en el último tercio del siglo XVIII, no podía menos de gravar fuertemente sus tendencias, sus sentimientos, sus instintos en el espíritu de un pueblo tan caballeresco ya de suyo como es el pueblo español.

Y realmente así sucedió: lo que antes era noble generosidad, entonces trocóse en prodigalidad extravagante; su exagerada veneración hacía la mujer, su hiperbólico sentimiento de lealtad, su ridículo anhelo por al-

canzar una cadena de oro, ó una banda de seda, premio ofrecido al vencedor en una justa; su grande fé religiosa convertida en fanatismo y supersticion; su inconcebible estímulo de gloria, la palabra *honor* llevada ya al refinamiento de la exageracion, sus ideas de fidelidad y de heroismo, sentimientos son todos que revelan facultades morales, loables, dignas, ideales, pero que ensanchada ya la magnitud de esos mismos sentimientos fácilmente pudiera caerse en el círculo de lo extravagante, del ridículo; más todavía, en el delirio.

Tomada acaso la base de la caballeria de las epopeyas de la India, rendia un culto excesivamente ideal al amor; la mujer no era otra cosa más que espíritu: calcados muchos de sus libros sobre la *Sacontala*, tenían necesariamente que adolecer de sus extravagancias. La hermosa mitad del linaje humano es toda éter, toda efluvio, toda alma; el amor que ella inspira es una verdadera concepcion platónica, es un sentimiento tan puro, tan inmaculado como la sierpe de plata de un arroyuelo, como la nevada sábana que tapiza el Montblanc.

El feudalismo suministró á la caballería sus armaduras de bronce y fierro, sus negruzcos castillos, sus poternas, sus ruinosos torreones, su supersticion, su crueldad; y esta á aquel sus donceles, sus juegos militares, sus damas, sus catecismos de amor, su *gaya-ciencia*, sus flores, sus torneos; y de ahí resultó una masa deforme, una mezclanza extraña, una amalgama *sui generis*; el fundir elementos contradictorios, el estrechar principios diametrales, el enlazar sentimientos que se repelen, como la caridad y el rencor, el amor y el odio, el perdon y el crimen.

Estos sentimientos se iban infiltrando lentamente en el organismo de la sociedad española; y si bien es cierto que jamás llegaron á un grado de plenitud extrema, verdad es también que las partículas atómicas que quedaron en su sangre, produjeron, si no funestos, malhadados resultados.

(Se concluirá.)

EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE CERVANTES.

POETA Y SOLDADO.

Fué, para eterno portento,
la rica habla castellana
de su mente soberana
maravilloso instrumento.
Vibró inspirado su acento;
y, como al nacer del día,
surgen de la sombra fría
luz y matices y sonos,
vió poblarse de creaciones
su mundo la fantasía.

De su ingénio peregrino
brotaron al vivo rayo,
como brota flores Mayo
en brillante torbellino.
Y fué vivir su destino
con vida imperecedera;
gira incansable la esfera,
pasan del tiempo las olas,
y ellas viven, ellas solas
en eterna primavera.

Tropel que del sueño vano
en las regiones se agita,
más parece que palpita
con el espíritu humano.
Figuras que sobrehumano
génio anima al par que crea;
que es la explosion de la idea
en su mente peregrina
luz que todo lo ilumina,
como volcan que llamea.

Desde su altura eminente,
aquel ingénio profundo
sobre la escena del mundo
fijó su mirada ardiente.
Y encerrándola potente
en síntesis atrevida,
vióse allí reproducida,
como en transparente espejo
y con eterno reflejo,
la batalla de la vida.

Sonó el coro en las alturas
de los génios admirados;
y entre los siglos pasados
y las edades futuras,
sobre las olas oscuras
de la tumba mundanal
como en desierto arenal
las pirámides gigantes,
se alzó MIGUEL DE CERVANTES,
el mundo por pedestal.

dos veces. Ni por desabrocharla ni echarla agua en el rostro volvía en sí, antes el levantado pecho y el pulso, que no se le hallaban, iban dando precisas señales de su muerte: y las criadas y criados de casa, como ménos considerados, diéron voces y la publicaron por muerta.

Estas amargas nuevas llegaron á los oídos de los padres de Leocadia, que para más gustosa ocasion los tenía doña Estefanía escondidos. Los cuales con el cura de la parroquia, que ansimismo con ellos estaba, rompiendo el orden de Estefanía, salieron á la sala.

Llegó el cura presto, por ver si por algunas señales daba indicios de arrepentirse de sus pecados para absolverla dellos; á donde pensó hallar un desmayado, halló dos, porque ya estaba Rodolfo puesto el rostro sobre el pecho de Leocadia.

Dióle su madre lugar que á ella llegase como cosa que había de ser suya; pero cuando vió que también estaba sin sentido, estuvo á pique de perder el suyo, y le perdiera, si no viera que Rodolfo tornaba en sí, como volvió, corrido de que le hubiesen visto hacer tan estremados estremos: pero su madre, casi como adivina de lo que su hijo sentía le dijo:

—No te corras, hijo, de los estremos que has hecho, sino córrete de los que no hicieres, cuando sepas lo que no quiero tenerte más encubierto, puesto que pensaba dejarlo hasta más alegre coyuntura: has de saber, hijo de mi alma, que esta desmayada que en los brazos tengo es tu verdadera esposa; llamo verdadera porque yo y tu padre te la teníamos escogida, que la del retrato es falsa.

Cuando esto oyó Rodolfo, llevado de su amoroso y encendido deseo, y quitándole el nombre de esposo to-

EL CELOSO EXTREMEÑO.

bebecidos mirándola, parece que de atónitos no acertaron á decirle palabra.

Leocadia con airosa gracia y discreta crianza se humilló á todos, y tomándola de la mano Estefanía, la sentó junto así frontero de Rodolfo.

Al niño sentaron junto á su abuelo. Rodolfo, que desde más cerca miraba la incomparable belleza de Leocadia, decia entre sí: la mitad desta hermosura tuviera la que mi madre me tiene escogida por esposa tuviérame yo por el más dichoso hombre del mundo.

¡Válame Dios! ¡qué es esto que veo! ¿es por ventura algun ángel humano el que veo? y en esto se le iba entrando por los ojos á tomar posesion de su alma la hermosa imágen de Leocadia, la cual en tanto que la cena venia, viendo tambien tan cerca de sí al que ya queria más que á luz de los ojos con que alguna vez á hurto le miraba, comenzó á revolver en su imaginacion lo que con Rodolfo habia pasado: comenzaron á enflaquecer en su alma las esperanzas que de ser su esposo su madre le habia dado, temiendo que á la cortedad de su ventura habian de corresponder las promesas de su madre: consideraba cuán cerca estaba de ser dichosa ó sin dicha para siempre; y fué la consideracion tan intensa y los pensamientos tan revueltos, que le apretaron el corazon de manera que comenzó á sudar y á perderse de color en un punto, sobreviniéndole un desmayo, que le forzó reclinar la cabeza en los brazos de doña Estefanía, que como así lo vió, con turbacion la recibió en ellos.

Sobresaltáronse todos, y dejando la mesa, acudieron á remediarla. Pero el que dió más muestras de sentirlo, fué Rodolfo, pues por llegar presto á ella tropezó y cayó

noche de su llegada tan hermoso desposorio, y más cuando supieron por contarlo delante de todos doña Estefanía, que Leocadia era la doncella que en su compañía su hijo había robado, de que no menos suspenso quedó Rodolfo; y por certificarse más de aquella verdad, preguntó á Leocadia le dijese alguna señal por donde viniese en conocimiento entero de lo que no dudaba, por parecerle que sus padres lo tendrían bien averiguado.

Ella respondió:

—Cuando yo recordé y volví en mí de otro desmayo, me hallé, señor, en vuestros brazos sin honra, pero yo lo doy por bien empleado, pues al volver del que ahora he tenido, ansimismo me hallé en los brazos del de entonces, pero honrada; y si esta señal no basta, baste la de una imagen de un crucifijo, que nadie os la pudo hurtar sino yo: si es que por la mañana le echásteis de menos, y si es el mismo...

—Vos lo sois de mi alma, y lo sereis los años que Dios ordenare, bien mio; y abrazándola de nuevo, de nuevo volvieron las bendiciones y parabienes que les dieron.

Vino la cena, y vinieron músicos que para esto estaban prevenidos.

Vióse Rodolfo á sí mismo en el espejo del rostro de su hijo, lloraron sus cuatro abuelos de gusto; no quedó rincón en toda la casa que no fuese visitado de júbilo, del contento y de la alegría, y aunque la noche volaba con sus lijeras y negras alas, le parecía á Rodolfo que iba y caminaba no con alas, sino con muletas: tan grande era el deseo de verse á solas con su querida esposa.

Llegóse en fin la hora deseada, porque no hay fin que no la tenga.

Fuéronse á acostar todos, quedó la casa sepultada en silencio, en el cual no quedará la verdad de este cuento, pues no lo consentirán los muchos hijos y la ilustre descendencia que en Toledo dejaron, y agora viven, estos dos venturosos desposados, que muchos y felices años gozaron de sí mismo, de sus hijos y de sus nietos, permitido todo por el cielo y por la Fuerza de la Sangre, que vió derramada en el suelo el valeroso ilustre y cristiano abuelo de Luisico.

dos los estorbos que la honestidad y decencia del lugar le podían poner, se abalanzó al rostro de Leocadia, y juntando su boca con la della, estaba como esperando que se le saliese el alma para darle acogida en la suya.

Pero cuando más las lágrimas de todos por lástima crecían, y por dolor las voces se aumentaban, y los cabellos y barbas de la madre y padre de Leocadia arrancados venían á ménos, y los gritos de su hijo penetraban los cielos, volvió en sí Leocadia, y con su vuelta volvió la alegría y el contento que de los pechos de los circunstantes se habia ausentado. Hallóse Leocadia entre los brazos de Rodolfo, y quisiera con honesta fuerza desasirse dellos; pero él le dijo.

—No, señora, no ha de ser así, no es bien que pugnéis por apartaros de los brazos de aquel que os tiene en el alma.

A esta razon acabó de todo de cobrar Leocadia sus sentidos, y acabó doña Estefanía de no llevar más adelante su determinacion primera, diciendo al cura que luego desposase á su hijo con Leocadia, él lo hizo así, que por haber sucedido este caso en tiempo cuando con sola la voluntad de los contrayentes, sin las diligencias y prevenciones justas y santas que ahora se usan, quedaba hecho el matrimonio, no hubo dificultad que impidiese el desposorio. El cual hecho déjese á otra pluma y á otro ingenio más delicado que el mío el contar la alegría universal de todos los que en él se hallaron; los abrazos que los padres de Leocadia dieron á Rodolfo; las gracias que dieron al cielo y á sus padres; los ofrecimientos de las partes; la admiracion de los camaradas de Rodolfo, que tan impensadamente vieron la misma

Mas no su mente inspirada
realza solo su memoria;
que tuvo dias de gloria,
como su pluma, su espada.
A la patria consagrada,
la blandió con fuerte mano,
contra el poder mahometano
animoso combatiendo,
su noble sangre tiñendo
las olas del oceano.

¡Oh! ¡cuál place al alma inquieta
de nuestra raza española
ver unidas la aureola
del soldado y del poeta!
Láuros que el tiempo respeta
fueron su glorioso lote,
y hacen que doblado brote
fervido entusiasmo santo,
por el que lidió en Lepanto,
por el que escribió el *Quijote*!

¡Águila del pensamiento,
sol de la nacion hispana,
alma que al volar ufana,
mar de luz hiciste el viento!
Si desde el celeste asiento
recuerdas tu vida oscura,
si de tu mala ventura
aún te aflige la memoria,
¡escucha el himno de gloria
que va á buscarte á la altura!

¡En él tu nombre resuena
que las brisas voladoras
llevan en ondas sonoras
y que el universo llena!
Si tu existencia terrena
amargó injusto desvío,
si el laurel nació tardío
para dar sombra á tu frente,
¡míralo crecer potente
sobre tu sepulcro frio!

Aristides Pongilioni.

ALBUM POÉTICO.

A ICCELIA.

ENDECHA

Tras esos montes por donde asoma
de la alborada la luz riente,
tras esa vega de agreste aroma
que se derrama por el ambiente,
tras esos montes, tras esa vega

mi Iccelia amada me está esperando.
Por eso al viento, por si allí llega,
tiernos suspiros mi pecho entrega
mientras la tarde se va acabando.

Auras y brisas que alzais el vuelo,
en vuestras alas llevad mi lloro;
decid á Iccelia que ella es mi anhelo,
que ella es mi vida, que yo la adoro
como las aves aman al cielo,
como las tardes su manto de oro.

Partid veloces, auras y brisas
y traed luego rápidamente
el eco dulce de sus sonrisas
ó de sus ojos el llanto ardiente...

Pero id volando,
porque la tarde se va acabando.

Eduardo Pascual y Cuellar.

AMOR DE MUJER.

Idolo bello de mis amores,
sin tu cariño ¿qué es mi existencia?
Pálida y triste planta sin flores,
fuente sin agua, flor sin esencia,
dura cadena de sinsabores;
si he de perderte,
quiero la muerte
con sus rigores.

Tú eres mi gloria, tú eres mi cielo,
tu amor tan solo, solo es mi anhelo,
tú eres el dueño de mi albedrio,
tuyo es el llanto del pecho mio,
hebe en mis ojos tú mis amores,
que es dulce el llanto que dan las flores.
¡Ay!... si en el mundo yo he de perderte,
con sus rigores
quiero la muerte.

De este modo me cantaba
la que un dia me adoraba
con placer;
¡quién creyere que su lira
era solo una mentira
de mujer!

Javier Soravilla.

PROPIETARIOS:

D. JOSE MARIA CASENANE.—D. M. TELLO AMONDAREYN.

Imprenta de P. Nuñez, Corredera Baja, 43, Madrid.

CERVANTES

REVISTA LITERARIA

ÓRGANO DE LOS CERVANTISTAS ESPAÑOLES

SE PUBLICA LOS DÍAS 8, 16, 23 Y 30 DE CADA MES

Los productos líquidos de esta **Revista** se destinan á la construccion de un monumento en Alcalá de Henares, levantado en el solar de la casa donde nació tan esclarecido varon, gloria y honra de España.

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID.....	Un mes.	4 reales.
	Tres meses.	12 »
	Seis meses.	20 »
PROVINCIAS.....	Tres meses.	15 »
	Seis meses.	30 »
	Un año.	54 »
ULTRAMAR.....	Semestre.	4 pesos.
	Un año	7 »
EXTRANJERO....	Semestre.	3 »
	Un año	5 »

No se sirve suscripcion alguna cuyo pago no sea anticipado.

La correspondencia literaria se dirigirá al Director, **Don M. Tello Amondareyn**; la económica al Administrador, **D. Eduardo Areñas**.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

Madrid—Desengaño, 23, segundo, izquierda—**Madrid**